

# El viaje





# GLOSARIO ARTISTICO

Por OLGA ARRATIA

VÍCTOR Domingo Silva y Carlos Cariola fallecieron el mismo día; se encontraron cogidos de la mano en el primer instante de asombro y de sombras y se fueron, paso a paso, serenamente, ya no en busca de caminos desconocidos ni de nuevos derroteros para sus inquietudes y sus obras; ya no para entregarnos transfigurada o cierta —para hacerla más dulce o más recia— la realidad diaria. En el viaje sin regreso de estos dos artistas no estuvimos nosotros acicateando sus pasos. Eran solamente ellos tras la eternidad, su eternidad. Los presentimos en un diálogo fraternal en medio de un sol brillante que incendia sin quemar y dirige sus pasos asombrados. Acaso, Víctor Domingo Silva recite sus cantos de la tierra y del amor humano; quizás, Carlos Cariola le interrumpa con un llamado a la realidad que, entre risas y chistes, destila amargura. Pero ya todo es diferente: las palabras, los rumores, el aire, la tierra, los rostros. Es el gran escenario de la vida sin telones, sin luces transfiguradoras. Lo ven todo. Lo sienten todo. Nos ven y ya no nos juzgan. Somos pequeños, egoístas, limitados. No importa. Nosotros los recordamos grandes, nobles, con el alma abierta al amor y a la belleza.

Ambos, también, este año recibieron un homenaje de reconocimiento a sus méritos. Víctor Domingo Silva, el Premio de Labor Teatral; Carlos Cariola, un homenaje magno que le rindió, en el teatro Satch, no solamente el gran público de la capital, sino sus compañeros de arte y trabajo.

Fue emocionante. Un inmenso público llenó las aposentaduras del teatro y en la calle seguía la gente, desconsolada, tratando de encontrar cabida. Cuando apareció en el escenario Carlos Cariola, estalló un aplauso delirante. Los que estuvieron presentes saben que no hay exageración periodística ni admiración intelectual en esta afirmación rotunda. Delirante. Fue así. Y Carlos Cariola de-

be haber sentido los aplausos como la orquestación de una de las sinfonías de Wagner: embriagante y de una tortura increciendo que abre subrepticamente las antesalas sugestivas de la muerte. Temíamos por su corazón. Lo sentíamos estallando loco en nuestros corazones emocionados. Seguían los aplausos eternos. Fueron minutos de tensión que nos parecían incontrolables y perjudiciales para la sensibilidad y delicada salud del artista. Cuando aquella marea terminó, Carlos Cariola, menudo, muy delgado, con



Carlos Cariola

la marca visible del mal que lo minaba, con esa sencillez que hermanaba su presencia a su palabra y a su espíritu, agradeció, con voz trémula y poquíssimas palabras, ese homenaje que era una apoteosis. Con gesto tan propio de él señaló a sus compañeros, haciéndonos sentir que él era nada sin ellos...

Carlos Cariola, en sus piezas de teatro como en sus artículos periodísticos, festivos y profundos,

hace sentir la emoción de querer cambiar el espíritu de los hombres a través de la risa. Luego, parece arrepentirse cuando en determinados momentos explota en sus palabras la dramática realidad de la miseria humana. Hace reír y pensar. En su sencillez dio siempre la impresión de estar actuando y laborando con absoluta prescindencia de sí mismo. Se daba entero. Fue una tarea de años, desvelos de muchas noches, preocupaciones de largos días, angustias de interminables minutos, la realización de su sueño: el teatro propio para la Sociedad de Autores Teatrales de Chile. La noche de la inauguración del teatro Satch —un 19 de marzo de 1954—, fue memorable en el ambiente artístico de la capital.

Víctor Domingo Silva escribió sobre el hombre con un lenguaje de hombre. La humanidad de sus temas estuvo siempre en contacto con la realidad dentro de su patria. Como poeta, supo llegar al espíritu de los grandes y los pequeños; del pobre y del rico. Sus novelas, cuentos y poesías eran admirados y comprendidos por todos. Allí reside su fuerza: en su palabra clara y apasionada que encuentra eco y respuesta desde el más cultivado al más modesto y simple espíritu. En él todo era sentimiento y amor.

Ambos ya saben en qué terminó para ellos esa fuerza espiritual incontenible que los impulsaba a escalar alturas. O no lo saben. O ya el silencio total se cerró sobre ellos y se enredaron en la nada de sus orgullos de hombres, en sus altiveces de artistas.

Otros, más autorizados, comentarán la obra de Víctor Domingo Silva y de Carlos Cariola. Nosotros dejamos, en estos trazos, solamente algunos rasgos que fueron la esencia de esas dos vidas de artistas que nacieron marcados por una misma estrella y se fueron el mismo día por el mismo paraje, hablando el mismo idioma a través de la misma desconocida eternidad, inmóvil pero infinita.